

Francisco Santos Escribano: *La Primera Guerra Carlista en Navarra. Nuevos aspectos económicos y sociales.*

El pasado día 1 de diciembre tuvo lugar en la Universidad Pública de Navarra la defensa de la tesis doctoral *La Primera Guerra Carlista en Navarra. Nuevos aspectos económicos y sociales*, presentada por Francisco Santos Escribano, y dirigida por Angel García-Sanz Marcotegui, del Departamento de Geografía e Historia. El tribunal presidido por el profesor Carlos Forcadell, catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza, le otorgó la calificación de sobresaliente *cum laude*.

El autor parte de la idea de que, a pesar de la importancia que el carlismo ha tenido en Navarra, no ha despertado el interés que cabía esperar. Además, aunque no pocos historiadores, sobre todo locales, han prestado atención a la primera guerra carlista, la mayoría de ellos han primado aspectos militares, centrandó el origen del conflicto en problemas dinásticos y en la necesidad de defender el orden tradicional frente a la revolución. Así, estos autores han reducido la interpretación de la guerra carlista a una “cruzada” antiliberal que enlaza y desemboca en el nacional-catolicismo triunfante en la guerra de 1936-1939. A ello se añade que por lo general han obviado a unos de los protagonistas más importantes de la guerra: las clases desfavorecidas. En efecto, los referidos historiadores no tienen en cuenta que estos grupos sociales, además de participar activamente en los hechos bélicos, debieron de financiarlos, soportando siete años de suministros de raciones y dinero para los ejércitos, que esquilmaron sus pueblos sin tener en cuenta sus problemas cotidianos. Asimismo, dichos autores parten de que el pueblo navarro era carlista en su totalidad, ocultando la ya documentada tradición liberal navarra.

En los últimos años una serie de publicaciones han venido a marcar una nueva dinámica historiográfica respecto al carlismo navarro en la Guerra de los Siete Años. En primer lugar, por las fechas de publicación, un artículo de Mikel Sorrauren en torno a las bases sociales del carlismo. Destaca el autor la participación en el movimiento contrarrevolucionario de los campesinos más pobres afectados por la crisis y las reformas “burguesas”. Además, plantea la importancia de las oligarquías rurales transmisoras de la ideología absolutista a la masa carlista.

También hay que mencionar el libro de Luis del Campo sobre la primera guerra carlista en Pamplona, de carácter más divulgativo, pero con todo interesante. En este trabajo se investiga la dinámica de la guerra a través del Ayuntamiento de Pamplona, y queda reflejado el importante aporte económico que debió de realizar la corporación municipal para financiar la guerra. Igualmente se estudia la dinámica política del consistorio durante toda la contienda.

Con posterioridad se publicó la tesis doctoral de Ramón del Río Aldaz sobre el Trienio Liberal como origen de la contrarrevolución carlista. En este libro ya se plantean las actitudes de protesta campesinas dentro de la crisis del Antiguo Régimen como respuesta a las “transformaciones capitalistas” en Navarra.

Más adelante apareció el interesante libro de Juan Pan-Montojo en el que a través de una exhaustiva documentación de primera mano estudió las bases sociales del carlismo en Navarra. Definitivamente se rompe con el consenso en torno a una Navarra únicamente carlista. Asimismo, analiza las actitudes de rebeldía campesina generadas por la crisis del Antiguo Régimen, y cómo este caudal de protesta fue encauzado en buena medida hacia el carlismo. Por último, en un trabajo de ámbito local Angel García- Sanz Marcotegui estudió las bases sociales del carlismo y del liberalismo en Estella a través de las listas de huidos a la fila del Pretendiente, cuando la ciudad estaba en manos de los liberales y viceversa.

En este contexto historiográfico tan sucintamente descrito es en el que se inscribe esta tesis sobre la primera guerra carlista en Navarra, que pretende completar un estudio socioeconómico de la contienda. Al ser el antiguo reino uno de los escenarios más importantes del conflicto, su población intervino en él no sólo combatiendo en el frente de batalla, sino también, como se ha dicho, financiando a ambos ejércitos. Este último aspecto ha merecido apenas la atención de los historiadores por lo que su estudio era fundamental para conocer el carlismo en esta región.

La crisis económica por la que atravesó Navarra en el primer tercio del siglo XIX hizo que antes de la guerra se cometieran robos de leña, productos agrícolas, etc. por individuos que buscaban una solución para sus problemas de subsistencia. Las autoridades pretendieron solucionarlos con la creación de empleo público, fomentando obras para la comunidad, etc., pero no tuvieron excesivo éxito. En consecuencia algunos sectores del campesinado emprendieron unas acciones de protesta que se plasmaron en desórdenes públicos, aprovechándose de fiestas como los carnavales, etc., en los que se manifestó el descontento y afloraron reivindicaciones sociales.

Ya al principio de la guerra en algunos lugares aparecieron conatos de rebeldía contra las clases “pudientes”, que fueron atacadas al grito de ¡Viva Carlos VI! Por ejemplo, en Corella se volvieron a reproducir antiguos enfrentamientos, incluso con los mismos protagonistas. Por un lado, los liberales represaliados durante la Ominosa Década, y, por otro, parte de los campesinos sumidos en la desesperación y cuyo malestar fue galvanizado por los carlistas. Para ellos, en los primeros días de la guerra los enemigos no estaban en el gobierno isabelino, ni en la Diputación de Navarra, sino que eran vecinos suyos con nombres y apellidos. Lo ocurrido en esta ciudad nos muestra que muchos se alistaron en el bando carlista no por cuestiones relacionadas

con problemas dinásticos e ideológicos. Sus razones tenían más que ver con los enfrentamientos que venían arrastrando desde años atrás, y de los que la guerra vino a ser la caja de resonancia.

De todos modos, quizá uno de los logros más importantes del trabajo es que permite comprobar cómo, desde el lado carlista, la lucha era económicamente imposible, porque lo limitado de su zona de control y de su estructura administrativa hacía que contase con escasos recursos frente a un ejército liberal respaldado por todo el aparato estatal y por tanto con mayores posibilidades económicas.

En el estudio de los aspectos sociales se hace un acercamiento a la estructura profesional de las bases de ambos bandos que permite concluir que muchos de los jornaleros que nutrieron los ejércitos carlistas no tenían una ideología y una actitud política precisas que les llevase a defender un régimen como el absolutista.

El análisis de las bases sociales del liberalismo se ha efectuado a través de los componentes, las dificultades para el alistamiento, etc. de la Milicia Urbana, aunque obviamente en el ejército gubernamental había algunos navarros reclutados en las quintas correspondientes. La pertenencia a la Milicia Nacional era voluntaria y agrupaba en principio a las clases sociales afines a Isabel II. Ahora bien, aunque el gobierno recomendó el alistamiento en este cuerpo, en Navarra la apatía fue bastante general y puede decirse que los hacendados mostraron poco interés por la participar activamente en la guerra.

Como consecuencia de ello la Milicia Nacional dejó de ser voluntaria y tuvo que nutrirse de individuos movidos por incentivos económicos, único medio que los pueblos encontraron para no ser multados por no formar milicias. Con el transcurso del tiempo fue frecuente incluir en ella a jornaleros y se llegó a que en algún pueblo, como Fustiñana, el grueso de los milicianos fuesen individuos de este grupo social.

En la última parte de la tesis se aborda el estudio de las gravísimas repercusiones económicas y sociales de la guerra. Los innumerables gastos acarreados para financiar a los combatientes, a través de los continuos pedidos y exacciones de ambos bandos supusieron la ruina para los pueblos navarros, que se vieron abocados a un endeudamiento crónico. Esta situación llevó también a muchos campesinos a la desesperación, llegando algunos a adoptar algunas posturas de fuerza, roturando parcelas en los comunales de los pueblos sin permiso de la Diputación. Otros agrupados en cuadrillas se dedicaron al pillaje, creando cierta inestabilidad social que forzó a las autoridades a tomar medidas represivas.

Por otro lado, los ayuntamientos hipotecados por los suministros que habían entregado a las tropas y los créditos suscritos con algunos hacendados locales o foranos, como ya habían hecho después de la guerra de la Independencia, se vieron obligados a poner en venta parte de sus bienes comunales y de propios. Evidentemente, los compradores fueron parte de estos hacendados que, en plena guerra, habían prestado dinero a los ayuntamientos y que, de este modo, se beneficiaron de la lucha. Con esta medida las "clases pudientes" evitaron hacer repartos de contribuciones especiales para sufragar los gastos, que inevitablemente tenían que recaer en ellos mismos, pero privaron a los jornaleros de unas tierras, que hasta entonces habían servido para amortiguar las crisis económicas dentro de la comunidad.